



HISTORIA DE LABRANZA Y SEMENTERO

Aquí en “Los Vélez” se ve la historia que se va, pero en la vida para saber donde ir hay que tener claro de donde venimos.

Como referencia todo lo que son tradiciones y costumbres de trabajo del pasado, lo considero de tal importancia que no me causa cansancio el poder mantenerlo en mi memoria. De esta forma, creo que es muy importante llegar a expresar la vida cotidiana de hace un mínimo de cincuenta años o más. Parece ser que no nos interesa saber como vivían nuestros abuelos y antepasados y con frecuencia yo pienso que fueron tantas las fatigas, esfuerzos de trabajo y calamidades que casi nadie quiere oír hablar o recordar. Bien sea el labrador, el mulero, el gañán, el pastor y el borreguero. Todo lo que describo a continuación ocurría en la década de 1930 y 1940, cuando un pan de cuatro libras valía entre doce y quince pesetas y una fanega de trigo costaba a ochenta duros.

RECUERDO DE MI ABUELO

Por tal motivo, quiero hacer referencia a mi querido abuelo Diego Iglesias González cuando yo le veía sentado en aquella vieja silla de madera torneada con asiento “enguitado” de “esparto” que siempre tenía el mismo sitio en el rincón de la cocina con el fuego encendido donde se podía calentar.



Eran largas noches de invierno y había tiempo para contar la historia y anécdotas a los hijos y nietos. En aquel cortijo de la solana de la Muela donde pasé parte de mi niñez y cuando el abuelo hablaba la familia escuchaba la conversación y consejos de experiencia en sus tantos años de mulero y labrador, habiéndose dedicado desde la edad de doce años a labrar o arar la tierra y sembrar el cereal, trigo, centeno, cebada y avena.

Estaba dolido por el cansancio de largas y penosas jornadas de sol a sol que le obligaba a seguir el paso en el surco detrás del arado de un par de mulas castellanas de color “torda” y “castaña” de nombre “veterana” y “taonera”.

Con la edad de ochenta años, según recuerdo, me relataba que su vida había sido muy dura en el trabajo, pero tenía buena memoria y me la explicaba de manera que parecía como si en aquellos momentos lo estuviera viviendo, ya que al tenerlo tan presente en su mente no cesaba de hacer gestos en su rostro y movimientos con sus manos temblorosas y de piel arrugada.

Por costumbre se acostaba entre las diez y las once de la noche, caminaba unos pasos antes de salir a la calle para ver qué tiempo hacía, y mirando al cielo se orientaba y guiaba por la luna y los astros para arar o sembrar al día siguiente, según las épocas del año.

Al entrar de la calle, se dirigía a la “cuadra” sacaba la paja de la “pajera” y la “garbillaba” para limpiarla de polvo, pero en los meses de otoño e invierno en el “pesebre” con agua la humedecía y con harina de cebada o de “yeros”, hacía la clásica “empajá”, que no sólo era alimento también le refrescaba a las mulas.

LOS MULEROS Y LOS APEROS DE LAS MULAS



Por regla general, antiguamente los muleros para dormir se acostaban en la “cuadra” en un lugar llamado el “poyato” con un colchón y una manta. De esta forma, estaban próximos a las mulas. Para alumbrarse usaban el candil o la capuchina, porque entre las tres y las cinco de la madrugada tenían que levantarse dos o tres veces y echarles pienso, paja, cebada o avena. Antes de “pintar” el día, los muleros hacían las “migas” y se

las comían, porque a la salida del sol los pares tenían que estar en la “besana”, “unciendo” mulas “castellanas” o “machos romos” que sobre la cabeza llevaban “cabezal”, “ramal” y “anteojeras” y en los cuellos el “rollo” y “collera”, que se componía de las siguientes partes y piezas: “el rollo de lona” relleno de “esparto”, las “colleras” las hacían los “talabarteros” y estaban formadas por varias partes: “mazo de cuero” relleno de “anea”, asiento y “cojín” de piel de oveja rellenos de lana o “esparto”, “morrillo” o “mamorrillo”, “cejaores” o “moñequeras” con “amarraor” y “francaletes”.

El “ubio” o “yugo” de madera de carrasca, el “renco”, “delantera”, la “camella”, las “costillas”, “medianero” con “medianas”, “amarraores” o “uncieras” de “esparto picao”.

El arado “de palo” de origen romano profundizaba en el “surco” entre veinte y treinta centímetros, y su estructura en piezas era la siguiente: “dental”, “orejeras”, “cama”, “esteba”, “reja”, “cuña” y “pescuño”, “tenilla”, “roajas” y “clavija”, “mancera”

en la “esteba”, la “cama” con el “timón” iban unidos con “bilortas”, el “timón” con agujeros de nombre “lavijeros” para introducir la “lavija”. El “taruguillo” era la pieza más pequeña que sujetaba “dental”, “cama”, “esteba”, “reja”, “cuña” y “pescuño”.

El mulero ganaba entre 1.000 y 1.200 ptas al año, y diariamente almuerzo, comida y cena. También tenía derecho a un día libre cada quince días para mudarse y descansar, por la noche picaba esparto para hacer calzado de esparteñas, las “jarcias” y llevar repuesto de “mediana” en el “ubio”. Podían cambiarse de amo el día de la Virgen del Saliente, 8 de septiembre. Pero todos los años el amo le gratificaba sembrando una “fanega” de trigo en un trozo de tierra llamado el “piojar”, costeadado de labranza y siega, y todo el grano que producía era para el mulero. Había otras condiciones por nombre “aneaga”, el amo le costeaba al mes una “fanega” de trigo y un “cuarterón” de aceite, al año media “fanega” de garbanzos, media “arroba” de higos secos, tres “celemines” de almendras o nueces, tres “celemines” de habichuelas, diez arrobas de patatas y si el año era abundante el engorde de un cerdo para la matanza, cuando no vivía en el cortijo.

LABRANZA, SIEMBRA Y SEMENTERO

Antes de salir del cortijo el mulero daba de beber agua a las mulas, ponía el “ubio” sobre las “colleras” introduciendo las “costillas” en los “francaletes”, con las “jarcias” amarraba “costillas”, “ubio” y “colleras” y cogía el arado poniéndolo en posición sobre las “cabezas”, “esteba” en alto amarrada a las “camellas” del “ubio” y “timón” arrastrando para dirigirse a labrar la tierra y en ocasiones también se enganchaban pares de burras a realizar esta labor, aunque no era el asno el más idóneo para arar debido a su tozudez o hacer tirar y girar de un lado para otro de ahí el viejo refrán: “Aquel que labra con burras y come bollos pasa las penas del purgatorio”.



Había mulas a las que se les daba mejor labrar a derechas o izquierdas por lo que a diario se cambiaban para acostumarlas a todas manos. Por lo general, la “yunta” más fuerte era de “gala”, el macho “romo” y la mula “castellana”.

Al ser tan imprescindibles las mulas y machos “romos” para desarrollar el trabajo de agricultura, es interesante recordar que en tiempo de verano los muleros y labradores casi todas las noches dormían con las mulas en los rastros, permaneciendo muy pendientes porque había gente que robaba las mulas y muleros, y en el menor descuido se las llevaban para venderlas en otras comarcas.

“UNCIR” Y ENGANCHAR EL ARADO



Se introducía el “timón” en las “medianas” y le sujetaba la “lavija”, teniendo en cuenta que el arado tenía que estar a una distancia moderada ni próximo para no herir con la punta de la “reja” los “cascos” de las bestias. Caso de ir el arado largo ocasionaba mayor esfuerzo y profundizaba en la tierra sobre treinta centímetros. El “reatón” era una soga que se amarraba al “ubio” y a los “lavijeros” del “timón”. De esta forma, el tiro era más fijo y fuerte. Se cogían los “ramales” pasaban por dentro de las

“cabezas”, pasándolos por el lomo de las mulas para amarrar con la “ramalera” que se introducían por la “mancera” y sobre las anillas de las “cabezás” les unía la “madrina”. Una vez terminado de “uncir” a labrar y tirando de la “ramalera” se podía hacer girar el par de un lado a otro, aunque se labraba en línea recta “desorillando” al final, o en forma de “media luna”. La labor era sobre unos veinticinco centímetros de profundidad en el surco, y había que evitar no saliera el arado de la “vesana” y dejar la “lobá”, la tierra sin arar.

CONDICIONES DE TRABAJO

Una vez que daba comienzo la jornada de labranza, en enero era “romper”, por lo que se decía: “La reja de enero hace el amo caballero”. Durante el día, el mulero dirigía y hablaba a las mulas con buenos modales, ya que rendía más en su labor y hacía descansar la “yunta” dos o tres veces en la mañana y tarde, echando la clásica “colilla” de ocho a diez minutos o el “cigarro” de un cuarto de hora, a las doce del mediodía “desuncía” y regresaba al cortijo para echarles pienso, y por la tarde después de comer, entre las dos y las tres de nuevo continuaba su labor hasta la puesta del sol, pero en los días de frío y lluvia no se podía labrar o arar, por lo que se decía: “Labrar pesado y helado mejor estarse parado”.



Ocasionalmente, si alguna “suerte” de tierra o parcela estaba retirada del cortijo se “porteaba” la paja y pienso en la “sarrieta” de “plaita”.

La labor de “romper” duraba hasta mediados de marzo, el mulero llevaba consigo y utilizaba la “vestola” para limpiar la “reja” y “orejeras” del arado. En los meses de mayo y junio la tierra necesitaba arar, lo que se llamaba “vinar” o “mantornar”. Cantaba coplas como esta:

Estando en el campo arando
Se me torció la “vesana”
Y se me fue enderezando
Acordándome de Juana

También tenía refrán: “La reja de San Juan muchos la saben y pocos la dan”. Por último, llegaba la época de “terciar” que era en septiembre si había llovido, pero en la segunda quincena de septiembre como era tanta la extensión de tierras de labor y se tardaba tiempo en labrar con los pares de mulas, también tenía un refrán: “Por septiembre el que tenga trigo que siembre”. En todos los días de siembra se usaba el “costal” con la simiente que portaba sobre el lomo de las mulas. Antes de sembrar, el mulero sobre la tierra hacía las “marcenes” que le guiaban y orientaban, medía ocho pasos desde la orilla, ponía los “tantos” y “mojones” de piedra o “tolmos” hasta llegar al final de la parcela, regresaba haciendo lo mismo y después procedía a sembrar utilizando la “sembradora” de “plaita”, colgada sobre el hombro, de la que caminando sacaba los puñados de simiente que lanzaba en forma de abanico de derechas a izquierdas o cruzado para que el sementero naciera “parejo”. En el tiempo de la siembra, los muleros y labradores tenían en cuenta los cambios de la luna, el cuarto menguante era como preferente para sembrar cebada y avena, ya que la raíz del grano se profundizaba, en el cuarto creciente la raíz quedaba más superficial y se sembraba trigo, centeno y garbanzos. En lo que se refiere a las formas de siembra había diferencias, de manera que el trigo, cebada y avena se lanzaban a “voleo” o “puño lleno”, en cambio el centeno era a “medio puño”, y siempre se tenía en cuenta sembrar el trigo y la cebada en las mejores tierras y avena y centeno en las de baja calidad.

Para enterrar el grano se labraba “yunto”, y después pasaba el mulero subido sobre la tabla de unos tres metros de longitud, para abrigar la simiente, o a “surco claro”. Cuando “puntaba” o nacía el sementero la costra de la tierra era contraria, porque las “yetas” se “aculebraban”. En este caso había que pasar los “ganchos” y romper la costra. Poco crece el sementero en invierno con noches largas y frías, hasta llegar a mediados de marzo en que los días son más largos y empieza a calentar el sol, más aún si el invierno ha sido lluvioso la tierra tiene y guarda buen “tempero” la raíz trabaja y la mata crece igual de día que de noche.



También había sementeros como el trigo, que requerían limpiar de hierbas comunes de un sola raíz: “alberjana”, “gallinera”, “amapola”, “borrón”, “cardo”, “tamarilla”, “lenguaza”, “rabaniza” y “camaroja”. Otras de varias raíces: el “ballico” y la “ballueca” o “avena loca”, muy perjudiciales, ya que una sola semilla tiene para varios años. Esta faena era “escardar” y se utilizaba para ello el “escavillo” para arrancar la hierba y remover la tierra que abrigaba el sementero. A partir de

mediados de abril no era conveniente hacerlo. También tenía un refrán: “En abril no toques la raíz y en mayo ni la raíz ni el tallo”.

Crece el sementero a finales de abril y primeros de mayo el trigo, cebada, centeno y avena que echan las espigas y es muy importante que llueva o que haga tiempo fresco y apacible, y viento de levante para el “cuaje” del grano, desprendiendo una especie de polen entre las raspas del trigo y centeno conocido por nombre “sesiles” o “cedner”.

LAS CUADRILLAS DE SEGADORES Y MANIJEROS



El color dorado embellece los campos y son las espigas el símbolo del trabajo y el alimento. Para ello, antiguamente las “cuadrillas” de segadores, hombres y mujeres se desplazaban desde otros lugares para realizar el trabajo de la “siega”, cada cual iba como podía, caminando o sobre el lomo de burras y mulas, siendo el único medio de transporte de la época. A su paso por los caminos, cada “cuadrilla” la representaba un “manigero”, llevaban un par de caracolas

de mar y no cesaban de hacerlas sonar, siendo la señal de aviso para que salieran los amos o labradores de las tierras a ajustar la faena. Casi siempre se entendían con el “manigero”, que por cierto era mejor pagado y hacía rendir en su trabajo a los demás.

La “cuadrilla” que llevaba “siega” no tocaba o sonaba la caracola. El trabajo era irregular, había “haciendas” o fincas donde segaban quince o veinte días y en otras algo más, hasta treinta y cuarenta jornadas. Ganaban de cinco a seis ptas de sol a sol, incluido las “migas” por la mañana, a mediodía la “olla” o “cocido” y por la tarde el “gazpacho”, “remojón” o patatas cocidas con ajo. Siempre en el “tajo” y en pleno “rastrajo” y sin sombras. Lo más impresionantes era en el centro del día cuando vaciaban la “olla” en el plato, el “guisao” seguía hirviendo con el calor del sol. Todos comían en familia y tomaban asiento sobre los “haces” y “gavillas”.

El “manigero” era quien ordenaba descansar a “echar la colilla” o el “cigarro”, usando la “petaca” de tabaco, el papel de fumar y el mechero. En algunos cortijos el amo costeaba el tabaco, los descansos eran de diez a quince minutos.



Los utensilios de los segadores eran: el sombrero, la hoz, los “dailes” para proteger los dedos, o la “manopla” de madera, el “zamarro” de lona para no rozarse los pantalones y el “mangote” en el brazo derecho para no romper la camisa.

En la “cuadrilla” de diez, doce o más segadores el “manigero” iba en el lado derecho y la “reina” en el izquierdo, segaban a la “lucha” y cada uno a su “ramal” de “miez” o de “esparto”, o al “surco claro”, y donde el “manigero” dejaba la “maná” los demás dejaban la “gavilla”. Era una posición muy dura y sin levantar la cabeza. Ganaban entre seis y ocho ptas. al día. Para beber agua, tenían los cántaros de barro que también calentaban con el sol.



se

Al terminar la jornada, recogían haciendo los “cargaos” con doce “haces” y si las espigas estaban muy secas hacían “trasnales” cruzados para resguardar del “pedrisco” de las nubes.

Todas las noches el “manigero” de cada “cuadrilla” antes de acostarse tocaba o hacía sonar la “caracola” tantas veces como días llevaban trabajados. Esta acción la realizaban también todas las “cuadrillas” por lejos que estuvieran.

Para dormir tenían una manta, la extendían sobre “gavillas” en el “rastrojo” y era tal el cansancio que pronto se dormían. Al día siguiente, el amo daba una copa de aguardiente seco y a la salida del sol se iniciaba la jornada, apenas se lavaban la cara para despejarse, y sobre todo, las manos era conveniente que la piel estuviera endurecida porque al segar, con la mano izquierda se iba cogiendo los golpes de “miez”, arrojando con la misma hasta hacer la “maná”. Segaban todo revuelto la “miez”, “cardos” y hierbas. Pero en años de escasez de lluvia el sementero tenía poca “talla” y para recoger la cosecha era a “rancasiega” por recuperar la paja.

En las “cañadas” en años de abundancia se producía una polvareda llamada “roya”, que ennegrecía la piel y molestaba la respiración.

LA TRILLA

Entre la siega o después, se arreglaba la “era” de “miez” trillar, rozando la hierba. Una vez limpia si había alguna nube de lluvia, o con cargas de agua en cántaros se rociaba el piso, cubriéndolo después con una capa fina de paja o “tamo”, y seguidamente se ponían las “armas” de madera al “rulo”, unciendo el par de mulas al que le enganchaba el “timón”, y después durante





cuatro o cinco horas tiraban del “rulo” dando vueltas hasta endurecer el piso de la “era”.

Había que sacar las “cargas” y hacer las “acinas” alrededor de la “era”, pero siempre dejando libre la parte del viento de levante para “aventar”.

ACARREO DE LA MIÉS

Se utilizaban burras y mulas que sobre el lomo y “albarda” se amarraban las “amugas”, o sea, dos palos de dos metros cada uno y para sujetar la carga una “sobrecarga” de “esparto” de ocho “brazas”. Para cargar se ponía la bestia en el centro del “cargaor” con “aces” a los lados. Con una mano se cogía la “soga” y la otra los “aces”, uno a uno se posaban sobre las “amugas” con las espigas hacia abajo, primero tres, pasaba la “soga” y después dos. Si había dos personas cargando el que primero terminaba hacía una “lanzada escurrizza” por nombre “encomienda”, después se subían otros dos “aces” en la parte superior se lanzaba y cruzaba la “soga” amarrando a otro lado. En resumen, doce “aces” o “gavillas”, cinco a cada lado y dos en la parte superior.

Cuando calentaba el sol no era conveniente “sacar”, porque se rompían espigas por el camino y había que “sacar” de noche.

Los críos más pequeños del cortijo, en una “capaza” de “plaita”, recogían los “cargaores” y espigas que caían en el camino.

Al llegar las “cargas”, se soltaban en la “era” y se hacían varias “acinas” de cuatro o cinco metros de altura, terminando siempre en forma de tejado para hacer deslizar el agua de lluvia.

La “trilla” daba comienzo a primeros de julio y terminaba a finales de agosto. Se extendían los “aces” deshaciendo los “ramales” de “miez” o recuperando los de “esparto” para el año venidero. Se utilizaban “horcas” de palo para volver la “parva”, siempre recto uno tras de otro. La “parva” de pocas “cargas” era con “corona” y para dar la vuelta era sobre la circunferencia.



Al enganchar, los pares de mulas tenían que estar errados de los cuatro cascos, patas y manos. Sobre los cuellos llevaban el “rollo” relleno de “esparto”.

La mula o macho iban unidos con el “ramal” amarrado al cuello, tiraban de un “trillo” de madera, con piedras clavadas, eslabones o sierras para cortar o machacar la paja y espigas. El “trillo” y “cilindro” con “rulos” y “cuchillas”, le unían la “valestilla con tirantes” amarrados a los cuellos y “rollos” de las mulas. Corrían al trote durante cinco o seis horas o más, dando vueltas sobre la “parva” pero entre las once y las doce del día mientras volvían la “parva”



desenganchaban las mulas para que bebieran agua. El mulero iba subido en el “trillo” casi siempre acompañado de alguno de los críos del cortijo para que aprendiera la profesión rutinaria de la trilla y cantaba coplas algunas de ellas eran:

A mi me gustan las mozas
que tengan finos colores
y que lleven las meriendas
al revés que los pastores

En el campillo llueve
mi amor se moja
quien fuera carrasquilla
alta y frondosa
amor fino
cortó un pino
cuando eche piñas
volveremos a hablar

Una estrella se ha perdido
que en el cielo no aparece
en tu cuarto se ha metido
y en tu cara resplandece

Dicen que no canto bien
“pa” lo que gano bien canto
eso son los padres curas
que ganan los cuartos cantando

Con mi yegua cartujana
y este cuchillo montés
vengo de tierras lejanas
por gusto de conocer
aquél que ofendió a mi hermana



Con equilibrio y cogido al “ramal” apoyándose con la vara del látigo, tenía en cuenta no pasar siempre por el mismo sitio. Iba dando “torno” y recortando de derechas a izquierdas o viceversa. Una anécdota de importancia, si había varios pares trillando el par que rompía la “parva” no recogía el “montón”. A medida que pasaban corriendo el trote las mulas con las patas y el “trillo” cortaban la paja y machacaban las

espigas. Se barrían y recogían las orillas, había que volver la “parva” cuatro o cinco veces, tres con las horcas y dos con las palas de madera.

Para recoger se “uncía” el par con las “colleras” y el “ubio”, utilizando la “galga”, una tabla de unos tres metros con un rabo de madera sobre el centro, se

amarraba la “soga” a las “medianas”. El mulero se montaba sobre la “galga” recogiendo la “parva”, se barría la “era” y se utilizaba el “rastros”. El montón se hacía a la orilla en la “era”, que estaba próximo al cortijo y sitio en alto, para después proceder a “aventar” con el viento de levante. Sobre el montón se levantaban con las “horcas” golpes de paja y grano que iban siendo separados por el viento. El grano y las “granzas” se quedaban en un montón, la paja se alejaba unos pasos. Para “traspalar” con



la pala se levantaba el grano lanzándolo al frente, donde otra persona con un “boja” “baleaba” suavemente dejando de lado las “granzas”. Después entre dos personas con la “criba” balanceaban el grano “acribando” y quedaban algunas “granzas” y piedras pequeñas.



Los utensilios para la “era” eran el “trillo o cilindro” de “rulos” con cuchillas de herradura, horcas y palas de madera, la “galga y el rastros”, “criba y garbillo”, “media fanega, medio celemí y radiol”.

La última “parva” era la del gallo, de costumbre la comida de mediodía era arroz y pollo, porque durante la “trilla” los gallos y gallinas comían y se alimentaban de las “acinas” y “acinaores” de la “era de miez trillar” y

culminaba esta labor sacrificando uno de los mejores gallos que habían crecido y engordado durante la siega y la “trilla”.

Este texto hace clara referencia a las costumbres que había entre los amos de fincas con cortijos y tierras de labor. Pero también conviene recordar otras condiciones: por derecho a vivir en el cortijo el labrador o mediero tenía la obligación cada año vísperas de Navidad llevar casa del amo una carga de aves que podían ser seis u ocho gallinas, dos gallos y un pavo de catorce libras.

También se realizaban otros acuerdos entre ambas partes por el mes enero el amo de la finca compraba una cerda pequeña para destinarla a la cría o reproducción. La llevaba al cortijo y el labrador o “mediero” la cuidaba y daba de comer, pero al año siguiente la echaba al “barraco” y cuando la china paría la seguía cuidando con toda la cría durante nueve semanas y el amo se llevaba la china de cría con la mitad de la camada de “mamones”.

EL REPARTO DE LA PRODUCCIÓN: ALMACEN Y/O MOLINO

Para llevar cuenta de la producción y medir el grano con la “media fanega”, durante toda la “trilla” en el cortijo había y convivía una persona de confianza y pagada por el “amo” de nombre “el cuartero”, pero si por alguna circunstancia algún día se ausentaba, el montón de grano no se medía hasta que viniera el “cuartero”.



Las condiciones entre el amo y el labrador, eran “a medias o al tercio”. El amo daba la simiente, el labrador o “mediero” cultivaba y la cosecha se partía a medias. El “mediero” o labrador sembraba el grano de su cuenta partiendo después la cosecha una para el amo y dos para el “mediero”. Una vez se iban midiendo las “fanegas”, cada cual guardaba la parte correspondiente en el granero o en “troces” del cortijo. La paja se encerraba en el “pajar” y se utilizaba la “gaveta” y para portear a otro cortijos se usaban los “jarpiles”. Si el año era abundante con “rastros” de centeno se hacía el “almiar”, que guardaba la paja durante todo el año.

El rendimiento era algo escaso, por lo general, la tierra bien cultivada producía la “fanega de siembra” entre seis y ocho “cargas” equivalente a una “fanega” por “carga”, o sea, seis u ocho “fanegas”. En este caso, para sobrevivir antiguamente, había que cultivar gran extensión de terreno.

Después, se llevaba la “carga” de dos “costales” de trigo al molino, había que lavar el grano, dejarlo secar, y el molinero cobraba la “maquila” por moler medio “celemí” por “fanega”. El trigo se echaba a la “tolva” pasaba por la “canaleja” y caía

entre dos piedras que molían y hacía la harina cayendo al harinal, donde se envasaba en el “costal”, se cargaba y porteaba en la burra o mula para llevar al cortijo, cedner la harina, hacer “la creciente”, amasar, caldear el horno, heñir, cocer el pan y ponerlo sobre la mesa.

La cebada también se molía para alimento de los animales en el cortijo.

Amigos lectores, siento gran satisfacción al escribir la historia de labranza, sementero y recogida de cereal, en la que he puesto toda mi ilusión y empeño, aportando todo cuanto ha estado al alcance de mi memoria.

En verdad, creo que servirá para el recuerdo de las personas amantes a la cultura, costumbres y tradiciones de trabajo de agricultura y sementero. Por lo que agradezco la información que han aportado José Antonio Muñoz Martínez “el posadero del alcaide”, Pedro M. López López, Antonio Cabrera Alarcón, José Martínez Arcas, Juan López García, María Encarnación Pinar Montesinos, Amadeo Martínez Martínez y familia en Cortijo Los Iglesias (Alarcón), María Muñoz García, Jesús García Gallego, Joaquín Gómez Gil, Juan José Martínez Guevara, Pedro Aliaga Torrente y la Fundación Hortsmann en Dunela.



Hasta siempre amigos y familia.

Vélez Blanco 1 Diciembre de 2006

Diego Iglesias Cabrera
